

Octubre
En las Tierras del Corazón

Gratitud

Por el Obispo Richard Pates
Obispo de Des Moines

El 20 de diciembre de 1968, junto a otros 68 seminaristas de los Estados Unidos y compañeros míos en el Colegio Norteamericano, caminé a través de unas puertas especiales. Éstas se abrían solamente en ocasiones especiales. Ésta era una de ellas. Estábamos en camino a la Basílica de San Pedro para nuestra ordenación sacerdotal por parte del Obispo Francis Reh, rector del colegio.

Fue un momento extraordinariamente memorable para mí, al culminar 12 años de preparación para el sacerdocio. Recuerdo al Obispo Reh colocando sus manos sobre mi cabeza, dándome cuenta que con su mediación y por el poder del Espíritu Santo, estaba yo completamente identificado con Cristo el sacerdote. Se cumplía verdaderamente un gozo que había anticipado por mucho tiempo.

La emoción del día fue más aún gracias a la presencia de mis padres y familiares a quienes no había visto durante mis 3 años y medio en Roma. Mis padres habían sido grandes apoyos para mi vocación y, por lo tanto, ellos también se llenaban de gozo por la identidad que se me confería.

Mi primera asignación como sacerdote fue en la Parroquia del Santísimo Sacramento en el este de St. Paul, Minnesota. El párroco, Monseñor Frank Curtin, era un individuo extraordinariamente amable y extrovertido quien, desafortunadamente, sufría de un doloroso caso de cáncer. Él determinó encargarse de los funerales ya que no había madres de novias con quien pugar. Por lo tanto, me correspondían las bodas. Dada la demografía de la parroquia, eso significó que yo atestiguará 45 matrimonios en mi primer año con esta comunidad.

La experiencia de un intenso estilo de vida validó el llamado que había recibido. El tiempo que le dedicaba era emocionante, en contacto con una gran gama de etapas de vidas a las cuales di ministerio y que me trajeron gran satisfacción. Todo comenzó bien.

Unos 49 años después, aún tengo apetito por el servicio como sacerdote. La experiencia ha variado ampliamente, pero la gran constante es la de poner a la gente en contacto con Dios, para que sus vidas puedan alcanzar plenitud de significado y que desarrollen una relación cercana con Jesús. He disfrutado mucho de mi vida que ha estado llena de tiempos difíciles. He dicho frecuentemente que, si pudiera vivir mil vidas, viviría cada una como sacerdote.

Por lo tanto, mi corazón está lleno de gratitud por las bendiciones que he recibido. Puedo dar testimonio de la felicidad que ha asentado los retos y los caminos pedregosos que he vivido.

En mi gran buena suerte, he podido pasar los últimos 10 años rodeado de queridos habitantes de Iowa como obispo. Conocía a muy pocos miembros de la comunidad cuando llegué aquí. Después de mis visitas a los 23 condados, sabía que nuevamente estaba bendecido.

Siempre ha sido una gran recompensa el alinearme con sacerdotes dedicados, diácono permanentes dedicados y apasionados, mujeres religiosas bien sentadas y un personal siempre disponible en el Centro Pastoral Católico. Más aún, el liderazgo laico dentro de la comunidad nos ha guiado con capacidades muy amplias y sin fronteras. Ellos han demostrado lo que significa ser Iglesia, derivado de sus habilidades seculares y generosidad inagotable, y están verdaderamente involucrados en todo nivel.

Es nuestro llamado continuo el llevarnos unos a otros a una relación con Jesús, el Señor, que tiene palabras de vida. El conectarnos con él permite una unión más profunda con Dios que nos llena y que es la clave para la verdadera felicidad. Dios nos otorga los ligamentos que unen los dones que cada uno ofrecemos. Y es por eso, que los dones de Dios se convierten en Un Solo Cuerpo, el Cuerpo de Cristo. Somos el Cuerpo de Cristo en el mundo hoy en día.

En resumen, mis 50 años como sacerdote y 10 como Obispo de Des Moines han sido incomparables. Las bendiciones que he recibido estos años han sido totalmente si mérito por mi parte, pero sí con un gran aprecio. No hay duda que mi corazón está lleno de gratitud.